

la oración fúnebre, no de tal ó cual personaje, sino de dinastías enteras; y un Massillón para escribir, no ya ante el ataúd de un solo monarca, sino ante los restos de las monarquías y de los imperios: «Únicamente Dios es grande, hermanos míos.» Y al pensar en tantas esperanzas desvanecidas, en tantas agitaciones estériles, en tantas decepciones dolorosas, recuerdo los versos de Perse:

«¡Oh, cuántas preocupaciones en los hombres! ¡Oh, cuánta vanidad en las cosas!»

O cuas hominum, o quantum est in rebus inane.

L

LA CORTE DEL SEGUNDO IMPERIO (1856-1858)

Para dar una idea exacta de los personajes que han desempeñado un gran papel, conviene, en vez de hacer de ellos un solo retrato, representarlos en las diversas fases de su carrera. Viejos y enfermizos, no fueron ya, tanto en lo moral cuanto en lo físico, lo que eran cuando jóvenes y sanos. Entre los períodos de una misma existencia hay tantas diferencias como entre las estaciones de un mismo año. Al evocar las impresiones y los recuerdos de nuestros contemporáneos, procuraremos hacer revivir la figura histórica de Napoleón III tal como la hemos visto de 1856 á 1859, y creemos que las personas que vivían en París en aquella época encontrarán el retrato muy parecido.

Al día siguiente del nacimiento del príncipe imperial, el segundo emperador era un hombre feliz y que gozaba de su ventura. A la sazón no había en su rostro y en su corazón nada de triste y melancólico. Apareciendo en Roma bajo el aspecto de un nuevo Carlomagno, en toda Europa como un árbitro y un pacificador, no pensaba en las pruebas dolorosas de su infancia y de su juventud, sino para compararlas con su prosperidad presente, y aun no preveía ninguna de las catástrofes que le preparaba el porvenir.

Los príncipes que, nacidos en las gradas del trono, jamás han conocido la adversidad, disfrutan menos del poder que un hombre como Napoleón III para quien la fortaleza de Ham fué el vestíbulo de las Tullerías. Tan criticado, becado y escarnecido en otro tiempo, tan adulado y ensalzado era en 1856. Los extranjeros, quizás aún más que los franceses, eran sus cortesanos.

He aquí el despacho telegráfico que, fechado el 23 de marzo de 1856, dirigía el mariscal Pelissier desde Sebastopol al ministro de la Guerra:

«Hasta la mañana del domingo 23 no hemos recibido vuestro despacho del 16 noticiándonos el feliz alumbramiento de S. M. la emperatriz y el nacimiento del príncipe imperial. Una salva de ciento un cañonazos, disparados al mediodía simultáneamente por los ejércitos francés, inglés y sardo y por las escuadras, celebraba esta noticia. Al propio tiempo, en todos los cuerpos de ejército se cantaba un *Te Deum*, al cual asistían todas las tropas. Durante el día, los generales en jefe de los ejércitos inglés y sardo se han presentado á darme parabienes que os ruego depositéis juntamente con los míos y los de los generales á mis órdenes á los pies de SS. MM. II. Nuestros soldados han terminado estos días á los

ecos de sus vivas y alrededor de gran número de hogueras que daban á nuestros campamentos el aspecto de una esplendente iluminación. Los escoceses y los sardos, acampados en las alturas de Kamarak, han podido dar á sus hogueras tales dimensiones que su resplandor llegaba á distancias enormes. En fin, los rusos, asociándose á nuestras propias manifestaciones, han iluminado de pronto toda la línea desde Inkermann hasta Coroles y completado así el efecto de un espectáculo sin igual.»

Tan luego como Napoleón III tuvo conocimiento del despacho del mariscal Pelissier, envió uno de sus ayudantes de campo á visitar á lord Clarendon y al conde de Cavour, así como al conde Orloff, para darles las gracias por las salvas de artillería y las iluminaciones mediante las cuales se había celebrado en Crimea el nacimiento de su hijo. Las atenciones de que era objeto por parte de las potencias y los homenajes extraordinarios de que se rodeaba la cuna de su heredero, halagaban su corazón de padre y de soberano. Le lisonjeaba particularmente el ver que la corte de Rusia le atestiguaba, aun antes de haberse firmado definitivamente la paz, una cortesía excepcional.

Perdonábanse á Napoleón III sus brillantes éxitos, porque se valía de ellos con moderación, sin altanería ni violencia. Sus desgracias pasadas no habían dejado en él rastro alguno de amargura ó de rencor, y cifraba todos sus conatos en atraerse á los hombres que le habían sido más hostiles. Casi todos sus ministros eran antiguos orleanistas, y si los republicanos más avanzados se hubieran decidido á presentarse en las Tullerías, habrían encontrado la más solícita acogida. Napoleón III había olvidado las injurias hechas á Luis Bonaparte. Dejaba tranquilos á los aristócratas que en los salones del gran mundo le hacían la oposición, y durante su reinado jamás hubo persecuciones análogas á las de que madame Stael fué víctima en la época del primer Imperio.

El antiguo proscrito, el antiguo cautivo, dueño siempre de sí mismo, tenía tanta calma en la alegría como en el dolor. Si algún día se publica su correspondencia sin cercenar nada de ella, como se hace hoy con la de Napoleón I, creemos que no se ha de encontrar en ella una frase, una sola expresión de odio ó cólera. «Trataba familiarmente, ha dicho M. Pinard, uno de sus ministros, á los que habían sido sus primeros amigos, pero sin permitirles franquear la distancia que los separaba de él. Era siempre el emperador, pero su voz tenía inflexiones de gran dulzura, y aun diré de gran majestad. El monarca á quien el mundo político daba á veces el nombre de Guillermo el Taciturno poseía en sus conversaciones íntimas cierta seducción que no todos le suponían, pero de la cual tenían intuición las mujeres.»

La flemma imperturbable del segundo emperador era en realidad una máscara, pues en el fondo no había naturaleza más impresionable, más ardiente ni más apasionada que la suya. De genio muy violento cuando joven, le había costado mucho trabajo adquirir ese imperio sobre sí mismo, que andando el tiempo constituyó el rasgo principal de su carácter. Mme. Cornu, la compañera

de sus primeros años, ha dicho: «Cuando niño, tenía rabieta como yo no he visto en ningún otro, y entonces no sabía lo que decía ni lo que hacía.» La experiencia y la desgracia le enseñaron á dominarse, y llegó á hacer su pensamiento tan impenetrable como su rostro. «Cuando volví á verle en 1848, ha escrito la misma Mme. Cornu, le pregunté qué tenía en los ojos. — Nada, me con-



M. Pinard

testó. — Uno ó dos días después le vi otra vez, y sus ojos me parecieron aún más singulares. Por fin noté que se había acostumbrado á tener los párpados medio cerrados y á dar á su mirada una expresión de vaguedad y de ensimismamiento.»

Juzgándole sólo por su fisonomía y sus modales, se ha dicho con frecuencia que Napoleón III era un soñador; pero antes al contrario, era un hombre de acción, porque habrá pocos personajes políticos que se hayan ocupado de tantas cosas y abordado tan formidables problemas. No todas sus tentativas tuvieron buen éxito; pero todas, así en Asia y en América como en Europa, han llevado el sello de un espíritu de aventuras y de una audacia extraordinarios.

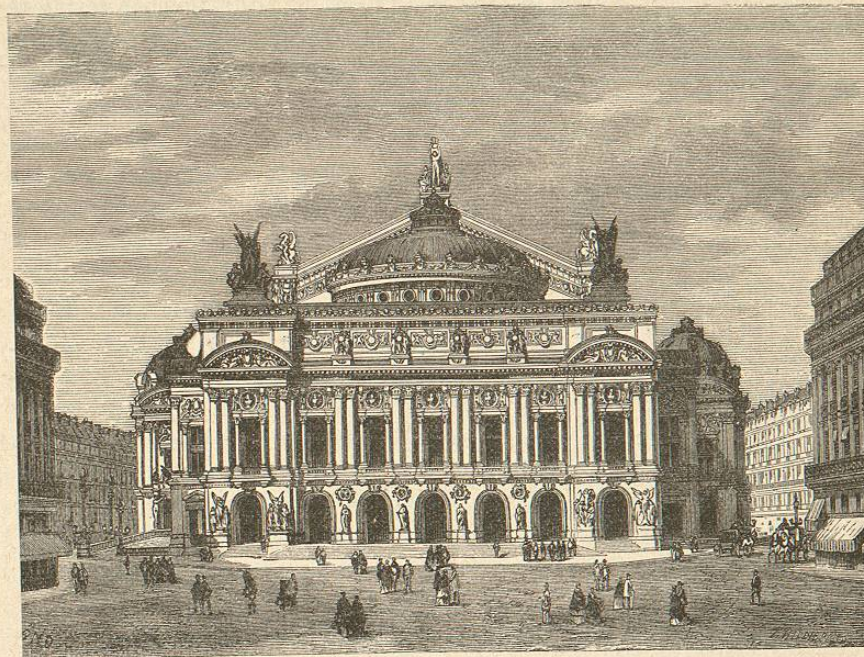
El monarca á quien se ha de ver en los últimos días de su reinado tímido, indeciso, vacilando entre las resoluciones más contradictorias y dejándose arrastrar por una especie de fatalidad á una guerra que no quería, poseía en 1856 un vigor, una energía inquebrantables. Tenía á la sazón una mano de hierro, cubierta de terciopelo, pero cuya fuerza sentía todo el mundo. Su poder era esencialmente personal, y nadie más que él mismo inspiraba su política. Reinaba y gobernaba. Habiendo subido al poder contra las previsiones de todos, no tenía confianza más que en sus propias ideas y nadie se atrevía á darle un consejo.

El monarca poderoso aplicaba, ya en el trono, el programa que había elaborado el prisionero: sus ministros no eran más que instrumentos dóciles de sus manos. No había más que una voluntad: la suya. «Si un ministro, ha dicho M. Pinar, explanaba una idea que concordara con las suyas, su mirada, velada por lo general, se iluminaba súbitamente, aunque su rostro continuara siempre grave y casi impasible. Si su interlocutor no le había persuadido, el emperador guardaba un silencio significativo, que á menudo desconcertaba á los más resueltos; entonces parecía olvidar á los circunstantes y al que acababa de dirigirle la palabra. Cuando exponía su propio pensamiento, la lentitud intencionada de su palabra tenía algo de parecido con su porte; indicaba al hombre que escucha una voz interior, y entonces parecía hablar consigo mismo.»

Todo lo grande y útil que se hizo durante su reinado lleva marcado su sello. El barón Haussmann, ese prefecto á quien París agradecido debería erigir una estatua, ha reconocido que sin Napoleón III no habría podido emprender nada. «Yo solo, escribe en sus Memorias, jamás habría podido proseguir ni llevar á cabo la misión que el emperador me había impuesto y para cuyo cumplimiento su confianza creciente me fué dejando poco á poco una libertad cada vez mayor. No habría podido luchar con éxito con las dificultades inherentes á cada operación, con las malas voluntades nacidas de convicciones sinceras ó de envidias solapadas, pero implacables, en las grandes corporaciones del Estado, en el seno del gobierno y hasta en las personas que rodeaban á S. M., ó contra los ataques abiertos de los partidos hostiles al régimen imperial, que, no atreviéndose á censurar la dirección política impresa al país por el soberano, procuraron combatirlo indirectamente en las empresas municipales, debidas á su iniciativa y ejecutadas bajo su inspiración, si yo no hubiera sido en realidad la expresión, el órgano, el instrumento de una gran idea concebida por él, cuyo mérito debo atribuirle ante todo y cuya realización protegió en todo tiempo con firmeza jamás desmentida.» En realidad, la transformación que ha hecho de París la capital de las capitales es obra de Napoleón III; descollando entre estas reformas la plaza del Teatro de la Opera, con el magnífico coliseo debido al arquitecto Garnier y situado en el punto más céntrico de la ciudad.

El segundo emperador era un soberano cosmopolita. Durante sus largos destierros, su carácter había tomado algo de los países en que había vivido. De los

carbonarios italianos tomó el genio de la conspiración, de los filósofos alemanes las tendencias soñadoras, de los hombres de Estado ingleses la costumbre de acometer de frente el trabajo y el placer. Humanitario más que patriota y ciudadano del mundo más que emperador de los franceses, no se le puede reprochar el haber formado proyectos demasiado vastos y sacrificado los intereses particu-



Teatro de la Opera, construído bajo la dirección del arquitecto Garnier

res de Francia á lo que creía ser los intereses generales de la civilización. Su política tuvo miras demasiado elevadas, pero no se puede negar que también tuvo su lado noble y caballeresco. Mejorar la suerte moral y material del mayor número, no sólo en Francia, sino también en Europa; proclamar el principio de las nacionalidades; sostener el derecho que asiste á los pueblos de disponer de su suerte; unirlos por medio de tratados de comercio, por la multiplicidad de los cambios, por la rapidez de las comunicaciones, tal era el objeto de sus esfuerzos.

Jamás habría preconizado el programa de sangre y fuego: jamás habría dicho que la fuerza prevalece sobre el derecho. La política de Bismarck, su afortunado rival, ha sido una política de la Edad media; la suya era una política moderna, y puede asegurarse que si hubiera triunfado en 1870, como en 1855 y en 1859, la civilización general, en vez de retroceder, habría avanzado á paso de gigante.

En 1856 podía creerse que Napoleón III, satisfecho de sus triunfos inesperados, iba á descansar en el apogeo de su fortuna y á disfrutar tranquilamente de los beneficios de una paz tan deseada por la opinión pública y comprada á costa de tan heroicos sacrificios. Al contrario, su ambición de apóstol de las nacionalidades iba á buscar nuevo alimento, y se preparaba á conspirar para librar de la dominación austriaca á la patria de Maquiavelo tanto como había conspirado para conquistar el trono de Francia. Después de las hecatombes de una de las luchas más sangrientas de la historia moderna, todos los franceses querían el mantenimiento de la paz, á excepción de uno solo, el emperador. En el mismo momento en que la firma del tratado de París causaba satisfacción y alegría generales, á la hora en que se creía que el monarca volvía á adoptar definitivamente el programa del famoso discurso de Burdeos y podía decir de nuevo con sinceridad «el Imperio es la paz,» él solo tenía ya en perspectiva una guerra próxima.

Su pasión por las cosas militares, sus recuerdos de la juventud, su temperamento de jugador político, su afán de aventuras, sus pretensiones al papel de campeón de la causa de los pueblos, todo iba á llevarle por un camino cuyo término era un abismo.

Napoleón III creía ser un militar de primer orden, y no había nada que le interesara tanto como el ejército. Cuando niño, su mayor placer era jugar á los soldados; cuando joven, había sido en Suiza discípulo de un gran táctico, el general Dufour. Se había ocupado principalmente de artillería y publicado acerca de esta arma obras de las que estaba muy envanecido. Lleno de confianza en sus conocimientos en punto á estrategia, tenía el presentimiento de que alcanzaría grandes victorias.

Como había sentido en extremo no haber podido ir á Crimea, se disgustó cuando la entrada triunfal de las tropas en París pensando que no era él quien las había conducido á la victoria. Pero era asunto aplazado, según decía, y llegaría el momento en que ganaría batallas y en que en las monedas su cabeza aparecería coronada de laureles. Hasta entonces sólo había combatido algunos días — en las Romanías en 1832 — y sufrió un lamentable fracaso. Quería tomar el desquite.

Se ha dicho que Napoleón III era más italiano que francés: esto es una exageración, pero sí puede afirmarse que consideraba á Italia como su segunda patria y creía que tenía deberes que cumplir para con ella. Pensaba que era el país natal de sus abuelos; que Napoleón I había sido coronado en la catedral de Milán, lo propio que en Nuestra Señora de París; que los italianos, compañeros de armas de los franceses mientras duró el Imperio, habían derramado ríos de sangre por Francia á las órdenes de Murat, rey de Nápoles, y del príncipe Eugenio de Beauharnais, virrey de Italia. El insurrecto de 1832 había hecho á los liberales italianos promesas que el poderoso emperador quería cumplir. El recuerdo de la fatal expedición de las Romanías, en donde tan desgraciadamente

hizo sus primeras armas, debía ejercer la mayor influencia en su destino. Allí había muerto la persona más querida para él, su hermano, y quería vengarlo.

Tales eran las ideas que asediaban entonces, como ideas fijas, el cerebro del emperador.

Persuadido de que, en virtud de su misión providencial, debía destruir los tratados de 1815 y asegurar la independencia de Italia desde los Alpes hasta el Adriático, creía igualmente que obrando así serviría los intereses de Francia, que después de una guerra afortunada con Austria y un engrandecimiento del Piamonte recobraría su frontera natural del Sudeste. Mme. Cornu ha escrito: «Una guerra hecha para expulsar á los austriacos de Italia y en la que él tuviera el mando, había sido su sueño desde la infancia. Un día me dijo en Ham: — Presiento que algún día mandaré un gran ejército; sé que me distinguiré; conozco que tengo todas las principales cualidades militares.» Una entrada triunfal en Milán á la cabeza de un ejército victorioso y libertador, entre aclamaciones y lluvias de flores, era la visión en que se recreaba su imaginación ardiente y poética.

La realización de semejante sueño no era cosa fácil, pues así en Francia como en el extranjero surgían graves y numerosos obstáculos. Para allanarlos, Napoleón III se valdrá desde luego de la astucia, el disimulo y el misterio. Del mismo modo que ocultó hasta á su madre su expedición de Estrasburgo, ocultará sus proyectos italianos hasta á su mujer y á sus ministros. Cuando su evasión de la fortaleza de Ham no había tenido más que dos confidentes, el doctor Conneau y su ayuda de cámara Carlos Thélín. De 1856 á 1859 no serán en mayor número los confidentes de sus designios sobre Italia. ¿A quién enviará en el mes de mayo de 1859 á Turín para preparar su entrevista de Plombières con Cavour? Al doctor Conneau, mucho más enterado de sus pensamientos que su ministro de Negocios extranjeros.

Napoleón III ha recobrado sus hábitos inveterados de conspirador. El apóstol de las nacionalidades se guarda mucho de dar publicidad á su programa. Mientras ha durado la guerra de Crimea no ha dicho una palabra acerca de él, porque entonces tenía absoluta necesidad de Austria; si esta potencia se hubiera pronunciado en favor de Rusia, habría arrastrado consigo á toda la Alemania, y para Francia é Inglaterra la guerra de Crimea habría acabado con un espantoso desastre. Por consiguiente, Napoleón III se calló. Cuando el congreso de París, no fueron sus plenipotenciarios los que plantearon la cuestión italiana, sino el conde de Cavour, secretamente apoyado por él. En tanto que no pueda ocuparse abiertamente de Italia, el emperador procurará, como por vía de ensayo, constituir una nacionalidad, la nacionalidad rumana. La idea de que el Piamonte y Prusia desempeñarán un papel análogo en Italia y Alemania, lejos de asustarle, le será agradable. Tendrá el presentimiento de que mediará un acuerdo entre Turín y Berlín, y enviará preliminares muy especiales al hombre que debe serle más fatal, al príncipe de Prusia, al futuro emperador Guillermo. Bajo

apariencias pacíficas, en medio de fiestas continuas, en Fontainebleau y en Compiègne, en Biarritz y en Plombières, lo mismo que en las Tullerías y en Saint-Cloud, el conspirador coronado perseguirá su objeto con tanta paciencia como misterio.

El período que vamos á trazar puede resumirse en una palabra: preparación de la guerra de Italia.

El apóstol de las nacionalidades no podía figurarse que sería mártir de ellas.

LI

LA EMPERATRIZ EUGENIA

La emperatriz acababa de cumplir su principal misión: había dado á su esposo un hijo y al Imperio un heredero. El niño había nacido en un día de triunfo, el Domingo de Ramos. ¡Cuán poco se figuraba la madre que acabaría su corta vida por un calvario! Lo que sobre todo halagaba á la satisfecha emperatriz era que aquel niño tan deseado, no tan sólo era un hijo de Francia, sino de la Iglesia, y que, ahijado del Papa, se posaba sobre su cuna la bendición del Padre Santo.

En aquella época no había la más ligera nube entre el Imperio y la Santa Sede. Las tropas francesas daban guardia á la puerta del Vaticano. El 8 de febrero de 1856 Pío IX había escrito á Napoleón III: «No puedo ocultar á V. M. que Dios me inspira una dulce confianza; me lisonjea la idea de creer que quiere difundir nuevas misericordias, las cuales descenderán en abundancia sobre vos, señor, conformè vayáis cumpliendo el compromiso de sostener y proteger á la Iglesia en cuyo seno habéis nacido. Por lo que á mí hace, no tengo otros motivos para mis palabras y oraciones que la gloria de Dios, la salvación de las almas, la propagación de la fe y el honor de los príncipes católicos.... Recibid, señor, la bendición apostólica que doy á V. M. con efusión desde el fondo del corazón, á S. M. la emperatriz, al augusto niño que lleva en el seno y á la Francia entera.»

La noticia del nacimiento del príncipe imperial llegó á Roma en el momento que el Papa celebraba en la Basílica de San Pedro la misa pontifical del Domingo de Ramos. En seguida una salva de ciento un cañonazos, disparada en el castillo de San Angelo, lo anunció al numeroso pueblo reunido para la ceremonia de Semana Santa. Por la noche hubo iluminaciones en el palacio de la embajada francesa, en la Academia de Francia, en las iglesias nacionales y en el círculo militar.

El conde de Rayneval, embajador de Francia en Roma, escribía el 29 de marzo al conde Walewski, ministro de Negocios extranjeros: «He tenido el honor de entregar personalmente al Padre Santo la carta de notificación en la que el emperador da parte á S. S. del nacimiento del príncipe imperial. El Padre Santo ha aprovechado esta ocasión para expresarme en los términos más lisonjeros el gran interés que le había inspirado tan dichoso acontecimiento y los vo-